

Saber hablar para comunicar

Mauricio Pérez Abril (*)

El desarrollo del lenguaje oral es un campo débil en la pedagogía y la didáctica de la lengua en Colombia. De un lado, se suele pensar que dado ese carácter “natural” del desarrollo de la lengua oral en los niños, no se requiere un trabajo sistemático al respecto. Expresiones como “al llegar a la escuela los niños ya saben hablar”, dan cuenta de esta concepción. Por esa razón, parece normal que en la educación Inicial y Básica, la preocupación central y casi exclusiva de la escuela se relacione con enseñar a leer y escribir. De otro lado, para los docentes es claro que la lectura y la escritura están distribuidas de modo desigual en las sociedades y

que su dominio garantiza el acceso a los demás campos del saber; por eso suele decirse que a la escuela se va a aprender a leer y escribir en los diferentes campos de conocimiento. Esta situación ha llevado, en muchos casos, a descuidar el trabajo pedagógico sobre el lenguaje oral.

Frente a ese énfasis en la cultura escrita, es importante señalar que el ingreso al lenguaje oral es una condición de construcción de la identidad del sujeto, de su mundo emocional y de la identidad con la lengua. Por esto se afirma que en el lenguaje oral se accede a una primera patria, pues su dominio favorece la consolidación del sentimiento de colectividad (pertenencia a un grupo). Por tanto, cada estudiante debe estar en condiciones de usar el lenguaje oral para vincularse a diferentes tipos de interacciones, sociales y académicas, dentro y fuera del espacio escolar, lo que supone contar con una voz y usarla con seguridad para expresar los sentimientos y pensamientos; y esa voz debe ser construida en las aulas. Implica, también, un trabajo de reconocimiento de las situaciones de uso del lenguaje oral, así como el avance en el análisis de las características de las mismas. De otro

lado, el lenguaje oral es el espacio adecuado para el respeto por el otro y el reconocimiento de las condiciones de la comunicación que, en última instancia, son las del funcionamiento de un grupo social y de una democracia.

De modo más concreto, una pedagogía que busque el desarrollo de la competencia oral debe orientarse a construir las condiciones para que un sujeto use el habla para participar en diferentes situaciones comunicativas (cotidianas, sociales, académicas...), con diferentes propósitos (convencer, explicar, solicitar, narrar, persuadir) que, a su vez, implican el uso de ciertos géneros de discurso (expositivo, narrativo, argumentativo, informativo) y unas reglas de interacción (respetar la palabra del otro, asumir roles, respetar turnos en la conversación, responsabilizarse de lo dicho, pedir aclaraciones). Esto supone un trabajo intencional y sistemático; es decir, precisa un proyecto didáctico al respecto, que tenga el mismo estatus que su equivalente en lectura y escritura. Necesitamos instalar en la escuela una pedagogía del habla como parte central del currículo.

(*) Director del grupo de investigación Pedagogías de la lectura y la escritura, Universidad Javeriana

Inés Cristina Torres L. (*)

Soy maestra de lengua materna desde hace muchos años y he sostenido mi tarea en la hermosa afirmación heideggeriana de que el lenguaje es la morada del ser. Con el tiempo aprendí también que el lenguaje se produce fundamentalmente en la interacción social y por ello valoro significativamente cualquier intento por fortalecer la competencia comunicativa: comunicarse es la posibilidad de establecer un diálogo con el otro y así enriquecer ese lugar desde el cual cada uno de nosotros es, comprende y asume su propia vida y la experiencia humana en general... Desde mi oficio, confío en que comunicarse es una práctica que se construye y que se puede aprender.

Tomo como punto de partida de este aprendizaje la necesidad de enmarcar cualquier ejercicio comunicador dentro de una situación precisa y concreta. Esto supone un uso particular del lenguaje, acorde con un propósito específico y con una caracterización especial de quienes participan en él. Lo que se produce en este ejercicio es un texto que se estructura a partir del reconocimiento de las condiciones de la situación. Si, por ejemplo, el propósito comunicativo es contar algo que ha pasado, la estructura del texto, que será narrativa, tendrá en cuenta cómo entrelazar las acciones que progresan en medio de unos sucesos con distinta fuerza perturbadora. Si el propósito es más bien el de opinar sobre algo, su estructura, argumentativa, se basará en razones y será bien distinta de la anterior. Habrá entre los textos algunos

Gramática, cohesión y coherencia



claramente funcionales, con propósitos prácticos muy visibles, y los habrá también con propósitos más complejos, llenos de sentidos, quizás incluso cargados de ambigüedad. En éstos aparecerán mundos que no se han imaginado antes o con los que se busque comprender o expresar realidades de maneras siempre nuevas.

Desde esta concepción comunicativa del lenguaje, tengo la convicción de que el texto es la unidad que se debe trabajar en el aula. Cada texto se construye conforme a unas pautas de organización que conectan entre sí todas sus partes y que permiten que la cantidad de información que contiene

sea suficiente y avance sin tropiezos: nada de repeticiones innecesarias o de vacíos que oscurezcan su sentido. Esto sugiere que un texto se comprende cuando se reconocen sus ideas y se desentraña su proceso de composición. Hablar de composición es situarse en el horizonte de la gramática como el principio que estructura el lenguaje desde sus formas más simples hasta sus formas más complejas. De ahí que cualquier intento por desterrar a la gramática de la clase de lenguaje, como parece que había sido la tendencia de los últimos tiempos, se haya ido desplazando más bien hacia una reconsideración de ésta como responsable de la coherencia misma del texto y ya no sólo de cada una de sus partes.

La propuesta que hago a mis estudiantes para intentar ampliar su competencia comunicativa es la de un constante acercamiento a diferentes textos. Esta práctica les permite afianzar el reconocimiento, tanto de las situaciones comunicativas como del proceso específico de composición de cada uno de los textos. Pero hay algo más que también contribuye al desarrollo de esta competencia y que me he propuesto recordarles: la lectura y la escritura, lejos de ser actividades independientes, se complementan. Aquellos que han abordado la escritura de un texto como lectores atentos que se acercan a él o quienes lo han leído como si fueran su propio constructor, no sólo se aproximan a su estructura; también lo hacen al poder de las palabras mismas y a todos los juegos que de ellas se derivan.

(*) Profesora de lenguaje en el Colegio Los Nogales, de Bogotá; catedrática de la Universidad Pedagógica Nacional.